

## MÁS SOBRE LA HISTORIA Y EL GÉNERO SACRAMENTAL: LOS AUTOS DE 1651<sup>1</sup>

*Davinia Rodríguez Ortega*  
*GRISO (Universidad de Navarra)*

Una parte importante de la crítica considera los autos sacramentales como un ejemplo de manifestación literaria ajena a la concreción espacio-temporal, *sub specie aeternitatis*, capaz de trazar un recorrido que abarca desde el Antiguo Testamento hasta la realidad aurisecular en apenas dos mil versos. Y no solamente a nivel argumental, sino de convivencia de personajes sobre el tablado. Es cierto que el dramaturgo moldea las fuentes según sus intereses dramáticos, sin embargo, no es acertado entender los autos fuera del momento histórico en el que fueron escritos. Calderón articula algunos textos en torno a acontecimientos recientes de gran relevancia como en el caso de *El Año Santo en Roma*, *La protestación de la fe* o *Los misterios de la misa*; en otros apenas es posible adivinar una leve mención como en el caso de *La semilla y la cizaña*. Sin embargo, es prácticamente omnipresente la referencia al «austro» que alude a la casa de Austria, al mismo tiempo que equipara al rey Felipe IV con el Mesías.

En el caso particular de los dos autos representados durante el Corpus madrileño de 1651, la recreación histórica no puede esbozarse tomando el texto como un ente individual, sino teniendo en cuenta un eje fundamental de la representación escénica: el público. Es precisamente aquí donde se complementa el sentido y contenido que proporciona la obra dramática, cuando los espectadores vierten sus experiencias al proceso hermenéutico, dando lugar a una relación dialéctica. Esta apropiación y adecuación personal, presente

<sup>1</sup> Este trabajo se enmarca dentro del proyecto de autos sacramentales financiado por la Subdirección General de Proyectos de Investigación (FFI2008-02319/FILO) y cofinanciado por el FEDER.

en cada obra leída y representación vista, es peculiar en el caso de los autos sacramentales: se trata de una experiencia colectiva, en un espacio común y abierto, con capacidad de interacción entre una audiencia exaltada por la celebración de la fiesta sacramental.

Desde esta perspectiva crítica, que reclama la necesidad de recrear el contexto socio-histórico para abarcar la interpretación de los autos de un modo más completo, Margaret Greer propone la aplicación de esta metodología para los textos representados durante la festividad del Corpus Christi de 1651; se trata de dos piezas calderonianas: *La semilla y la cizaña* y *El cubo de la Almudena*.

La investigadora adopta un planteamiento historicista que desde el comienzo califica como «herético», por contravenir la concepción del auto como literatura acrónica que aúna todo lo que alcanza el ingenio del poeta sin límite aparente; lo que ella reclama aquí es precisamente la necesidad de atender a la realidad social, económica y política circundante en el momento de la génesis del auto, para así lograr una lectura más satisfactoria de las piezas literarias. Dentro del análisis interpretativo llevado a cabo desde el presente, es preciso reconstruir el contexto histórico en que fueron escritos, para poder alcanzar a recrear tanto las circunstancias de vida como el horizonte de expectativas y experiencias de aquellos espectadores que atendían a las representaciones del Corpus madrileño.

En dicho artículo, se plantea la lectura de los dos autos de un modo conjunto, más allá de la mera sucesión temporal de su puesta en escena<sup>2</sup>. Como punto de partida para este acercamiento histórico, es necesario tener en cuenta la situación crítica en que se encontraba la economía española, y el descontento social por la elevada tasa de víctimas en la guerra junto a la acechante situación de hambruna.

<sup>2</sup> La relación temática existente entre los dos autos, puede encontrarse en los propios textos, explícita a través de alusiones cruzadas. De este modo, al final de *La semilla y la cizaña* encontramos la siguiente declaración de intenciones por parte de la Cizaña, solventada decididamente por el Sembrador/Cristo: «CIZANA- Sitiando mis estandartes / a la fe en su mejor reino / y villa por asalto o hambre. SEMBRADOR- Cuando por hambre la sites / no hayas miedo que le falte / trigo, porque hay Almudena / que es casa donde se guarde» (vv. 1885-1891). En el caso de *El cubo de la Almudena*, las menciones son más frecuentes y en varias ocasiones se glosa el argumento del auto anterior (vv. 49-56, vv. 79-84 entre otros).

En términos generales no se trata de un fenómeno exclusivo en la España del XVII sino que como repasa Parker, la decadencia es generalizada, no solo a nivel europeo sino mundial<sup>3</sup>. Partiendo de un «enfriamiento global» y descenso considerable de las temperaturas, las bajas por guerras y las malas cosechas sucesivas derivan en un inevitable descontento social acompañado de estallidos de violencia.

Los cambios climatológicos pueden entenderse como el detonante de la crisis, sin embargo, la monarquía austríaca se encontraba ya en inevitable declive. A nivel económico la situación era insostenible por aquella «aflicción eterna de tener que gastar mucho más de lo que tenemos»<sup>4</sup>, a la que se suman los fuertes impuestos para, según el propio rey, paliar la tendencia de los españoles a gastar por encima de sus posibilidades. Las medidas de recaudación fueron sin duda llamativas:

Es casi seguro que, bajo los Austrias, el número, intensidad y frecuencia de los impuestos reales experimentaron un aumento en Castilla mucho mayor que en cualquier otra región de tamaño y población comparables de Europa y que este proceso alcanzó su punto álgido durante el reinado de Felipe IV<sup>5</sup>.

A nivel demográfico la situación era igualmente preocupante: una epidemia de peste bubónica se inició en Valencia, procedente de Argel a mediados de 1647. Este descenso drástico de la población a nivel nacional, se hizo más específico en la ciudad de Sevilla, diezmada por la peste en 1649; según Domínguez Ortiz se trata de: «la mayor catástrofe demográfica que se abatió sobre España en los tiempos modernos», cuando la población sevillana se vio reducida a

<sup>3</sup> Parker, 2006, pp. 24-25. Igualmente afirma Stradling centrándose en la situación más cercana: «Éstos fueron momentos en los que todas las monarquías y príncipes de Europa vivieron acontecimientos ruinosos. Para la gran mayoría de sus habitantes, el continente europeo fue un lugar de sufrimiento casi continuo» (p. 278).

<sup>4</sup> Stradling (1989, p. 276) incluye esta cita sacada de una misiva escrita por el rey a su confesora sor María de Ágreda el 27 de julio de 1650. Según se indica en la nota «Los “inconvenientes” [que esto produce] a que se refería el rey no eran tanto el sufrimiento del pueblo como las protestas a las que daba lugar», de lo que se deduce el interés de Felipe IV por intentar mantener la estabilidad política sin tener tanto en cuenta la situación real en que vivía la sociedad.

<sup>5</sup> Stradling, 1989, p. 277.

la mitad, 60.000 habitantes y un total de 200.000 vidas se perdieron en la Baja Andalucía. Sin embargo, a pesar de la tasa tan alta de mortalidad, debido al hambre, las enfermedades, la guerra o el suicidio, la España seguía sufriendo un importante problema de «superpoblación»:

La inferior producción (especialmente la inferior producción agrícola) causada por la «Pequeña Edad de Hielo», combinada con la extensa ruptura causada por la guerra, suponía que la tierra no producía lo bastante para comer —o más bien, lo suficiente para comer y pagar las crecidas demandas de gobiernos y ejércitos—. La crisis de mediados del siglo XVII produjo por consiguiente entre las poblaciones sometidas a fuerte presión dos reacciones complementarias: la huida o la lucha<sup>6</sup>.

Es precisamente en este contexto donde se sitúa el inicio de las revueltas populares: a principios de 1648 comienzan los alborotos en las provincias andaluzas de Sevilla, Granada y Córdoba. Según apunta Stradling:

Granada capital fue la primera ciudad importante en que se manifestó la insurrección del pueblo [...]. Los comerciantes de cereales no solo habían acaparado tal producto, sino que también lo vendían adulterado, mientras que el corregidor y el concejo [...] no se habían ocupado de suministrar grano al pósito municipal<sup>7</sup>.

La misma situación de incompetencia y abuso por parte de las autoridades es denunciada por Domínguez Ortiz: «una oligarquía de nobles y ricos burgueses se había apoderado del Poder, comprando a la Corona el carácter vitalicio y hereditario de las regidurías y otros cargos»<sup>8</sup>. Frente a este multitudinario levantamiento se tomaron medidas desde la política local: el corregidor y alcalde mayor fue-

<sup>6</sup> Parker, 2006, p. 50.

<sup>7</sup> Stradling, 1989, p. 291. En el momento, Andalucía gozaba de amplios recursos y cabe destacar la crucial importancia de Sevilla dentro del comercio con las Indias. La situación económica era allí seguramente mejor que en el resto de España, sin embargo, también se había visto gravemente afectada tanto por la peste como por las continuas sequías e inundaciones. Ya no podía ofrecer el mismo suministro de bienes y cereales para suplir las carencias de otras regiones, por lo que la población se vio amenazada y comenzaron las insurrecciones.

<sup>8</sup> Domínguez Ortiz, 1973, p. 55.

ron sustituidos por otros elegidos mediante votación popular. Las autoridades religiosas contribuyeron con aquellas medidas que estimaban efectivas: el Santísimo Sacramento fue expuesto en el Campo del Príncipe, para la adoración popular y como remedio para apaciguar a la hambrienta población. Es posible recordar aquí que en 1537 el papa Paulo III aprueba el ritual de adoración eucarística de las «Cuarenta Horas», durante el cual los fieles deciden ofrecer sus plegarias a Dios durante ese período de tiempo, para que los socorra en la situación de peste, hambre y guerra en que se encuentran<sup>9</sup>.

Sin embargo, si atendemos a aquellas celebraciones dentro del catolicismo destinadas al fervor frente al sacramento, destaca principalmente una: el día de Corpus Christi, solemnidad ya instaurada en 1264 y durante la cual se llevan a cabo las representaciones de los autos. La razón no es casual: como es sabido, el motivo principal de estas breves piezas teatrales es ensalzar y alabar la Eucaristía, dentro del contexto festivo en el que se suceden músicos, tarascas, autoridades civiles y religiosas, etc. por las calles de la ciudad. Además de la capital, el Corpus se celebraba con fausto y ostentación en otros centros importantes como Sevilla o Toledo. Si profundizamos aún más en la esencia del género sacramental, en este caso desde presupuestos teóricos, podemos llegar hasta la conocida definición de auto que da el propio Calderón en la loa de *La segunda esposa*, que comienza así: «Sermones / puestos en verso». A este respecto, y desde una perspectiva histórica, cabe citar las palabras del obispo de Málaga, el cardenal De la Cueva quien sobrepasado por la situación de caos popular a mediados del XVII afirma: «Hago cuanto me parece conveniente a mis obligaciones, advirtiendo a los predicadores que digan en sus sermones lo que conviene para tener al pueblo con obediencia y quietud»<sup>10</sup>. Puede comprobarse entonces, que el

<sup>9</sup> «Solo en el siglo XVI se conoce la costumbre de las cuarenta horas eucarísticas, empezando en Milán y pasando luego a Roma y poco a poco a toda la Iglesia, sobre todo por obra de San Antonio M. Zacarías y San Felipe Neri. En el período del Barroco se hizo muy popular, sobre todo como acto de reparación a los excesos del carnaval», Aldazábal, 2002, pp. 110-111.

<sup>10</sup> Domínguez Ortiz, 1973, p. 148; Stradling también incluye una cita al respecto extraída del discurso del cardenal: «He ordenado a los párrocos que utilicen para sus sermones textos que mantengan a la gente en orden y obediente», p. 294.

gobierno y las autoridades confiaban en la capacidad de la fe y la actividad del clero para subsanar el descontento de la población.

Precisamente bajo estas circunstancias, en las que la necesidad de apaciguar las revueltas se concibe como un primer paso imprescindible para lograr la estabilidad nacional, se enmarca la puesta en escena de los autos de 1651, fecha asimismo en la que Calderón es ordenado sacerdote. Las reformas políticas y económicas necesarias para terminar con la crisis no tendrían consecuencias inmediatas y, a corto plazo, sin embargo, calmar el descontento generalizado es una urgencia que bien conocía Felipe IV:

En el invierno de 1647, olvidándose momentáneamente de las preocupaciones estratégicas y militares que tanto le obsesionaban, Felipe IV centró toda su atención en una serie de medidas destinadas a poner en cuarentena la ciudad [Madrid] para librarla de la epidemia que se aproximaba y a mejorar la cantidad, precio y distribución de los alimentos<sup>11</sup>.

La situación de malestar se había extendido desde Andalucía hasta alcanzar la capital, que se había visto obligada en este momento a distribuir las escasas provisiones de trigo con aquellas zonas más necesitadas. El presidente del Consejo de Castilla, Chumacero, describe al rey la situación de la población madrileña en estos términos: «Hay que temer algún atrevimiento de ellas (las gentes), ya que el hambre no respeta nada, y se hallan en tal desorden, que no podemos descansar tranquilos», mientras exculpa a su consejo y al rey de la situación aludiendo a las condiciones atmosféricas como razón principal de las malas cosechas y sin reparar en el papel que la incompetencia de las autoridades había tenido en el proceso.

Dentro de este contexto de grave crisis de la monarquía y el gobierno de España, Calderón afronta la escritura de los autos con plena conciencia de la repercusión que aquellas representaciones tendrían sobre el público madrileño. En estas piezas religiosas, el dramaturgo siempre encuentra espacio entre los versos para incluir un pertinente elogio hacia la dinastía de los Austrias<sup>12</sup>, reinando Felipe IV en este momento particular, con quien además mantenía una estrecha relación.

<sup>11</sup> Stradling, 1989, pp. 297-298.

<sup>12</sup> La extensión puede ser variable, como se puede comprobar al inicio del artículo, y va desde una breve mención hasta la dedicación del auto completo.

El argumento de *La semilla y la cizaña* se articula en torno a dos textos neotestamentarios: parábola del sembrador y parábola de la semilla y la cizaña. En el primero de ellos se relata la llegada de un sembrador dispuesto para la siembra, tras lo cual, esparcido el fruto en cuatro lugares diferentes, solo logra prolífica cosecha en uno de ellos. Del mismo modo, vertiendo la fuente bíblica al plano alegórico del auto, se sitúa la venida del Sembrador (Jesucristo) ofreciendo su semilla a las cuatro partes del mundo. Para cuidar de la siembra, los continentes (Asia, África, América y Europa) confían la labor a sus respectivos mayorales, que resultan ser los agentes diabólicos disfrazados de villano. Así estos, la Cizaña, el Cierzo, la Ira y la Niebla, se encargan de destruir la cosecha a través de los diferentes efectos negativos de su propia caracterización que, sin embargo, logra dar fruto en Europa. Asimismo, los siguientes personajes como representación de diversos agentes atmosféricos y la Ira, que simboliza a la langosta, también plaga común en la época de Calderón<sup>13</sup>, son los culpables de que al final del auto solo pueda recogerse una pequeña parte del trigo sembrado. Además, dicho triunfo se sitúa en Europa, quien tras apartar las nieblas de la herejía que ocultan el trigo, se proclama como el «atlante» del catolicismo. Tras la crucifixión del Mesías, atribuida exclusivamente a los judíos en los autos, Asia ha perdido su condición de lugar sagrado y el Judaísmo el de pueblo elegido, como quedaba referido hasta aproximadamente la mitad del auto:

Calderón le daba una gestualidad de felicidad, haciendo que bailara y cantara coronada de espigas verdes [...] Pero a partir del momento en que Asia se niega a recibir al Mesías y a reconocerlo como el enviado de Dios, queda desprestigiada y el dramaturgo degrada a su personaje<sup>14</sup>.

<sup>13</sup> En un estudio reciente sobre dicha plaga, Peris Felipe apunta la imagen que se tenía de ella en el siglo XVI y que se haría extensiva al XVII: «las plagas de langosta fueron consideradas, además, como presagio de los males más terribles y muy particularmente de guerras [...]. Todo ello explica a su vez la consideración de la plaga de langosta como un castigo divino. Así lo creían Luis Vives, Sutckio, Arias Montano o Juan Bodino para quienes las plagas de langosta eran una consecuencia de la venganza divina sobre los impíos», 2008, p. 3.

<sup>14</sup> Reyre, 1998, p. 121.

La gracia de Dios vira ahora hacia el continente europeo, donde se sitúa España y especialmente Madrid, como epicentro de la fe católica, defendida fervorosamente por la casa de Austria.

Como se ha podido comprobar, el asunto del misterio eucarístico, si bien inherente a los autos calderonianos, cobra una importancia esencial mientras vemos en escena a Cristo/Sembrador humanado ofreciendo su semilla al mundo. Especialmente significativos a este respecto son dos pasajes: en el primero de ellos, el Sembrador se dispone a predicar la palabra frente a un amplio público, momento en el que la Inocencia se pregunta cómo será posible alimentarlos a todos, disponiendo apenas de un pedazo de pan.

INOCENCIA	Grande multitud de gentes se han juntado en el desierto para oírte y solo dudo qué han de comer todos estos.
SEMBRADOR	Con poco pan que haya, sobra.
INOCENCIA	¿Con poco?
SEMBRADOR	Sí, porque siendo repartido de mi mano, el bocado más pequeño satisfará tanto como si uno le comiera entero. (vv. 839-848)

Se trata de una alusión al milagro de la multiplicación de los panes y los peces, gracias al cual Jesucristo pudo sustentar a toda la multitud congregada con una pequeña cantidad de alimento<sup>15</sup>. Al mismo tiempo se refiere a que cualquier partícula del sacramento, por pequeña que sea, contiene en su totalidad el cuerpo de Cristo. Un mensaje sin duda contundente y efectivo, aún más teniendo en cuenta que es transmitido desde una espectacular puesta en escena; destaca la riqueza de trajes y tramoyas y la belleza de la música, elementos todos ellos dispuestos al propósito de despertar la devoción de los fieles.

Sin embargo, el punto culminante del auto a este respecto se encuentra hacia el final del mismo: el Sembrador aparece en escena vestido de labrador y pronuncia un extenso monólogo en los mo-

<sup>15</sup> Aparece en los cuatro evangelistas: *Mateo*, 14, 13-21; *Lucas*, 9, 10-17; *Marcos*, 6, 30-44; *Juan*, 6, 1-15.



mentos previos a su ejecución. Humanado, se equipara a aquellos jornaleros que trabajan la tierra en difíciles condiciones, y termina su intervención con estos versos referidos a la cosecha obtenida:

Compañero vuestro soy;  
y así, decidme, contadme:  
¿cómo va de la labranza?  
¿Están ya las mieses grandes?  
Porque no veo la hora  
de que, cogidos los haces  
y encerrados en las trojes  
tras cancelos de cristales,  
igualmente se repartan  
a los reparos del hambre,  
con los ricos y los pobres,  
los pequeños y los grandes,  
porque en este sacramento  
todos han de ser iguales. (vv. 1556-1569)

Atendiendo al plano historial, los espectadores del auto podrían recordar los excesos e injusticias de nobles y oligarcas, o la incompetencia de alcaldes y corregidores; mientras que desde una perspectiva teológica, se apunta a la igualdad divina de la que carecía la sociedad del momento: la gracia de Dios sí alcanza a todos.

El segundo auto representado ese mismo año, el viernes del Corpus de 1651, es *El cubo de la Almudena*; su argumento es trazado brevemente por la Cizaña en los últimos versos del auto anterior, mientras se reafirma en el infame propósito de seguir luchando contra el misterio, estrategia rebatida sin dilación por el Sembrador:

CIZAÑA	Sitiando mis estandartes a la fe en su mejor reino y villa, por asalto o hambre
SEMBRADOR	Cuando por hambre la sities, no hayas miedo que le falte trigo, porque hay Almudena, que es casa donde se guarde.

La bíblica Belén, «casa del pan» de los hebreos (así referida en *La semilla y la cizaña*, vv. 507-508), ha sido sucedida por la capital de las Españas, protegida por la virgen de la Almudena como ciudad ele-

gida por la gracia divina. El origen de su nombre proviene del árabe *al-mudin*, que significa depósito de trigo, y hace referencia al papel decisivo que tenía la ciudad en el abastecimiento de otros núcleos en períodos de escasez.

Este segundo auto escenifica el asedio a Madrid por parte de los musulmanes. La Secta de Mahoma convoca a Alí (rey moro) y la Idolatría para que desde el Manzanares pongan sitio a la ciudad. Como reacción frente al ataque, la Iglesia organiza la defensa con los apóstoles como baluarte y los sentidos como soldados. Tras dos victorias frente a los asaltantes, se dispone una gran batalla final: mientras los tres personajes maléficos intentan asaltar el muro que rodea la villa, este se desploma dejando ver una imagen de la Virgen de la Almudena, al tiempo que el trigo mana entre las piedras. Los perdedores se acercan pensando que desde la muralla hacen un llamamiento para la paz, pero por el contrario la mies se utiliza como munición para rechazarlos, situación ante la cual, no tienen más remedio que huir. La Iglesia refiere lo que está sucediendo en escena:

Y para que sepas cuánto  
el socorro es que hoy adquiero,  
[A los Sentidos y el Entendimiento]  
abrid de aquea muralla  
el tesoro que está dentro;  
dadle con él en los ojos,  
que otra munición no quiero  
gastar contra infieles armas.  
*Ábrese el otro muro y vese el Santísimo Sacramento*  
Tomad, bárbaros, ese es  
de que mi troj está llena  
el trigo de la Almudena  
de aquella pasada mies. (vv. 1732-1742)

Posteriormente, la Idolatría vuelve al culto de sus deidades, mientras la Secta persevera en su empeño de sitiar Madrid y el rey moro Alí toma su caballo y regresa a Córdoba. En el contexto del auto se entiende la elección de dicha ciudad por el prestigio adquirido durante los siglos del emirato y el posterior califato. Asimismo, desde la perspectiva histórica contemporánea a Calderón, es posible que dicha región se entendiera como aquel enemigo poderoso

capaz de hacer tambalear la estabilidad de la capital y, como consecuencia, de la nación y la monarquía. Por el contrario, la capital madrileña convertida en pósito del cereal es propietaria de grandes reservas; la «pasada mies» que puede aludir al fruto obtenido por Europa al final de *La semilla y la cizaña* sirve para repeler los ataques externos de herejes e idólatras. Desde la recreación de la realidad socio-histórica de mediados del XVII, estos enemigos alegóricos de la Iglesia pueden ser entendidos como los alborotadores que pusieron en riesgo la estabilidad nacional debilitando aún más el reinado de Felipe IV. Sin duda, la escena goza de un elevado grado de simbolismo y efectividad escénica, mientras los espectadores contemplan cómo la muralla madrileña está cargada de trigo incorruptible protegido por su patrona. Al menos durante unas horas podrían sentirse a salvo de la acechante hambruna y sentirse integrantes del nuevo pueblo elegido. La exaltación devocional alcanzaría aquí cotas elevadas.

El acontecimiento histórico que Calderón toma como punto de partida para la génesis del auto presenta dificultades de datación, al mismo tiempo que viene impregnado de acontecimientos legendarios. Como Sancho y Bravo afirman en su estudio monográfico sobre la Almudena, existía un cuadro en el pórtico de la iglesia de Santa María que situaba el milagro de la virgen durante el cerco acaudillado por el emir Abderramán II, quien reinó entre los años 822-852; por el contrario, consideran más cierta la versión de Vera Tassis sobre la verdadera datación de dicho acontecimiento histórico que habría tenido lugar en el siglo XII.

El editor de Calderón, en su obra titulada *Historia del origen, invención y milagros de la sagrada imagen de nuestra señora de la Almudena*, narra en el capítulo XVI del segundo libro cómo sucedió el milagro en el año 1197. El califa cordobés Ben Juseph, furioso por la derrota cristiana de las tropas de Alfonso VIII en la ciudad de Cuenca, reúne un gran ejército y decide poner sitio a Madrid. Los habitantes de la ciudad, aunque conscientes de la escasez de sus provisiones, resuelven hacer frente a la ofensiva enemiga. Ya en una situación desesperada por falta de alimentos, un grupo de ángeles o niños descubren, frente a la iglesia de Santa María (donde se guarda la imagen de la virgen), un muro del cual comienza a brotar el trigo en abundancia. Fue suficiente para abastecer a la población, utilizando el sobrante a modo de saetas contra los enemigos. Además,

Vera Tassis hace referencia en dos ocasiones a la concepción de Madrid como heredera de la divina Belén:

se reconoció el misterioso atributo de Almudena en esta soberana señora, que se precia tanto de ser madre del trigo y de que su Iglesia sea el Belén segundo, interpretado casa de guerra y casa de pan, como se ha escrito; pues a un tiempo defiende y sustenta a cuantos militan debajo de su generosa bandera<sup>16</sup>.

A pesar de estos datos históricos, seguramente conocidos por Calderón, el dramaturgo modifica la fecha, situando la acción en 1109, tras la muerte de Alfonso VI<sup>17</sup>:

[SECTA]            A Toledo el sexto Alfonso  
restauró, y habiendo oído  
hoy su muerte y que le falta  
a la Iglesia este caudillo,  
a ti, de Córdoba Rey,  
armadas huestes te pido  
para correrle la tierra... (vv. 229-235)

Igualmente, existe un texto posterior publicado en Madrid en 1739 que nos aporta varias claves, tanto para la interpretación de *El cubo de la Almudena*, como para la lectura conjunta de los dos autos. Se trata de la obra de Agustín de Castejón titulada *Glorias de la Virgen: predicadas en sus más solemnes festividades*. Es el autor un jesuita, profesor de Sagrada Escritura en Alcalá de Henares y en el Colegio Imperial de Madrid, precisamente donde Calderón cursó estudios hasta los 14 años. El Sermón V del segundo tomo, con fecha de 1710, está dedicado a la virgen de la Almudena. Se recrea de nuevo el milagro del intento de sitio por hambre y el auxilio ofrecido por la virgen a los habitantes de la ciudad. Pero además, al tratarse de un texto más extenso, aporta información que Vera Tassis no incluye.

<sup>16</sup> Vera Tassis, *Historia del origen*, pp. 344-345.

<sup>17</sup> En realidad no está clara la fecha del evento, puesto que como según denuncia De la Barrera en su *Catálogo Bibliográfico* se trata de: «Obra sin crítica: los testimonios que en ella cita son generalmente los falsos cronicones», p. 473. Existe también un artículo interesante al respecto de los «falsos cronicones» en la realidad aurisecular, Córdoba, 1985.

En un momento, Castejón se refiere a la parábola del sembrador, intertexto principal del auto *La semilla y la cizaña*:

El Evangelio nos dice, salió un Labrador a sembrar, y que el grano que cayó en piedras se secó. Aquí fue al contrario, el que cayó en el Muro fue tan fecundo, que abasteció a todo el Pueblo: no fue sembrado como el otro, algún ángel le trajo al muro, y se verificó con propiedad entonces, que comieron los hombres el pan de los ángeles<sup>18</sup>.

En esta pieza sacramental, el Judaísmo, religión que acompaña a Asia, encomienda su parte de trigo al Cierzo (disfrazado de labrador) para que logre fruto. Sin embargo, en el momento de la cosecha el mayoral apenas puede ofrecerle piedras como resultado, tras lo cual el Cierzo insta al Sembrador a que convierta esas piedras en panes, recreando el pasaje evangélico narrado por Mateo (4, 3): «Y vino a él el tentador y le dijo: si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan». No obstante, aquel trigo que se secó entre las piedras y no consiguió dar fruto es precisamente el contenido por la muralla del milagro. Se dice en *El cubo de la Almudena*:

IGLESIA	Y si de piedras nacido, porque vea el mundo entero aqueste milagro, que es, señora, aquel trigo mismo palabra de Dios que en piedras sembró el Judaísmo; luego o conservado o nacido en mi almudena le tengo del tiempo de aquella siembra guardado para este tiempo. (vv. 1649-1658)
---------	--

Calderón traza entonces una línea temporal que abarca desde la vida de Jesucristo hasta el siglo XII, extenso período durante el cual se ha conservado el trigo intacto para socorro de los madrileños.

Además, hacia el final del sermón, incide el jesuita en la valiosa protección que les ofrece la sagrada imagen, a la que «debemos acudir los españoles en la triste situación de las urgencias presentes. Guerras, hambres, divisiones. No falta sino la peste para que España

<sup>18</sup> Castejón, *Glorias de la Virgen*, p. 79.

se acabe»<sup>19</sup>. Situación que nos recuerda inevitablemente al período de decadencia sufrido hacia mediados del siglo XVII.

Por todo ello, es posible suponer que aunque la obra de Castejón se publicara ya en tiempos de Felipe V, los contenidos que incluye formarían parte de la tradición jesuítica. Dichos conocimientos y doctrinas pudieron haber sido impartidos en el Colegio Imperial, institución de extrema relevancia en el siglo XVII y donde Calderón cursa sus primeros estudios.

La presencia y las alusiones al reinante Felipe IV no son tan evidentes aquí como en otros autos, lo que no impide que tras una lectura profunda en clave simbólica y desde una perspectiva historicista, podamos comprobar la razón subyacente bajo la escritura de los textos representados en 1651. Los dos personajes elegidos para luchar contra la ira del demonio son el Sembrador, como representación cristológica del Mesías, que desde el ámbito historial se puede entender como la figura del rey Felipe IV, y la Iglesia, esta segunda precisamente en un momento de plena identificación entre nación y religión católica. Los dos títulos, *La semilla y la cizaña* junto con *El cubo de la Almudena*, se suman al vasto número de manifestaciones literarias auriseculares que acogen entre sus versos una clara intención de propaganda política en favor de la dinastía austríaca. Además, como se ha podido comprobar, el caso de los autos sacramentales es especial, puesto que participan dentro de una de las celebraciones religiosas más importantes del calendario cristiano; consecuentemente, al ambiente de fasto y regocijo generalizado configura un público totalmente entregado desde la mente y los afectos para la recepción del mensaje.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Aldazábal, J., *Vocabulario básico de liturgia*, Barcelona, Biblioteca Litúrgica, 2002.
- Bravo Navarro, M. y J. Sancho Roda, *La Almudena. Historia de la iglesia de Santa María la Real y de sus Imágenes*, Madrid, Editora Mundial, 1993.
- Calderón de la Barca, P., *El cubo de la Almudena*, ed. L. Galván, Pamplona/Kassel, Universidad de Navarra/Reichenberger, 2004.
- *La semilla y la cizaña*, ed. D. Rodríguez, tesis en preparación.

<sup>19</sup> Castejón, *Glorias de la Virgen*, p. 87.

- Castejón, A. de, *Glorias de la Virgen, predicadas en sus más solemnes festividades*, Madrid, Imprenta de J. de Zúñiga, 1739.
- Córdoba, P., «Las leyendas en la historiografía del Siglo de Oro: el caso de los “falsos cronicones”», *Criticón*, 30, 1985, pp. 235-253.
- De la Barrera y Leirado, C. A., *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español...*, Madrid, M. de Rivadeneyra, 1860.
- Domínguez Ortiz, A., *Alteraciones andaluzas*, Madrid, Narcea, 1973.
- Greer, M. G., «Constituting Community: A New Historical Perspective on the Autos of Calderón», en *New Historicism and the Comedia: Poetics, Politics and Praxis*, ed. J. A. Madrigal, Society of Spanish and Spanish-American Studies, 1997, pp. 41-67.
- Parker, G. (coord.), *La crisis de la monarquía de Felipe IV*, Barcelona, Crítica, 2006.
- Peris Felipo, F. J., «Apuntes sobre la lucha contra la plaga de langosta en los escritos de los siglos modernos», *Tiempos Modernos*, 17, 2008/2, pp. 1-13.
- Reyre, D., *Lo hebreo en los autos sacramentales de Calderón*, Pamplona/Kassel, Universidad de Navarra/Reichenberger, 1998.
- Stradling, R. A., *Felipe IV y el gobierno de España, 1621-1665*, trad. C. Laguna, Madrid, Cátedra, 1989.
- Vera Tassis, J. de, *Historia del origen, invención y milagros de la sagrada imagen de Nuestra Señora del Almudena*, Madrid, Imprenta de F. Sanz, 1692.